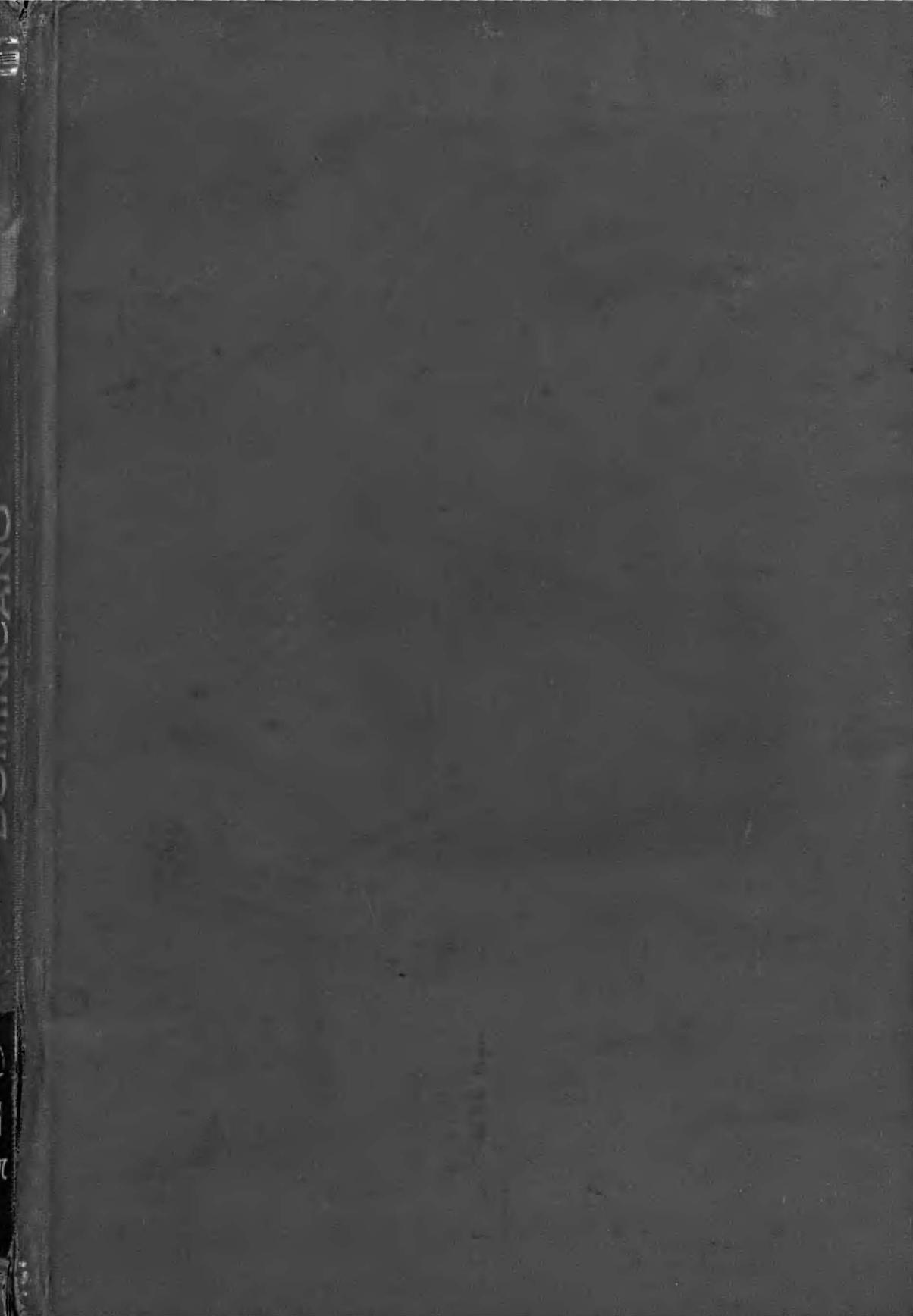


0.2
29/96π
1.1
SD

DELLA FRONTELLA
DOMINICANO

EMILIO RODRIGUEZ
• DEMARZI





Emilio Rodríguez Demorizi

SD
861.1
R6962
e.2

Del ROMANCERO DOMINICANO



EDITORIAL EL DIARIO
SANTIAGO, R. D. - 1943

Reg. no. I-2821



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

INTRODUCCION

DIBUJOS DE ALLOZA

Grabados de M. Pelegrín

Con los aventureros del mar compañeros de Colón en el viaje del descubrimiento, vino el romance a la Isla Española. Músicas y cantos eran el único solaz de la tripulación en la incierta y larga travesía. Así entonces, así después. Cuando en 1544 retornan de España María de Toledo y el Padre las Casas, y con ellos los venerandos restos del Almirante, en las naos venían “los seglares tañendo guitarra y cantando romances, y cada uno a su modo... otros leyendo en libros...”. Tal decía uno de los insignes misioneros acompañantes del Apóstol de los Indios (1).

En la memoria de cada capitán, de cada soldado, de cada negociante, venía de España, dice Menéndez Pidal, “algo del entonces popularísimo romancero español, que como recuerdo de la infancia reverdecería a menudo para endulzar el sentimiento de soledad de la patria, para distraer el aburrimiento de los inacabables viajes o el temor de las aventuras con que brindaba el desconocido mundo que pisaban (2)”. Entre los ilustres aficionados al romance que residen en la Española antes de pasar a Tierra Firme, se encuentran el magistrado Alonso de Zuazo, oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, Hernán Cortés, que antes del incendio de sus naves era escribano en la villa de Azua. En memorable trance, Alonso Hernández Puertocarrero le dice

(1) Fray Francisco Ximénez, **Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala**. Guatemala, 1929, p. 230. Los capítulos relativos a la Isla Española pueden verse en **Relaciones históricas de Santo Domingo**. Colección y notas de E. R. D., Ciudad Trujillo, 1942, p. 106.

(2) Ramón Menéndez Pidal, **El romancero**. Teorías e investigaciones. Madrid, 1927, p. 189.

al Conquistador, entre adargas y arcabuces: “Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:

Cata Francia, Montesinos;
 cata París, la ciudad,
 cata las aguas del Duero,
 do van a dar a la mar.

Y Cortés le responde:

Dénos Dios ventura en armas
 cómo al paladín Roldán.

Desde la Isla parten los nuevos descubridores y conquistadores, y el romance, “radiante corona de la musa popular”, se difunde por todo el Continente (3). El romance viejo *Mira Nero de Tarpeya*, que recuerdan Fernando de Rojas en *La Celestina*, Cervantes en el *Quijote*, Feliciano de Silva en *Don Florisel de Niquea* y Lope de Vega en *Roma abrasada*, lo repiten, Lázaro Bejarano, en Santo Domingo, y las Casas, Bernal Díaz del Castillo y Fr. Juan de Grijalva, en México. El agudo ingenio de Lázaro Bejarano lanza sus certeras saetas contra el Presidente de la Real Audiencia, Alonso de Maldonado, en 1552, quien prefería los ocios a los trabajos, las plácidas riberas del Ozama a los afanes de su grave ministerio; y desliza al final de su punzante sátira una reminiscencia del célebre romance de Nerón:

También vide a Maldonado
 Liscenciado y Presidente
 a la sombra de una fuente

(3) ¿Qué clase de romances vino a la América? “No hay duda que los de carácter épico”, dice José M. Chacón y Calvo. El docto crítico cubano señala que “en los Cronistas de Indias hay algunas citas que prueban la boga que iban alcanzando en estas nuevas tierras los romances del ciclo Carolingio”. V. su admirable ensayo acerca de los romances tradicionales de Cuba, en su obra *Literatura cubana*. Madrid, 1922, p. 96.

descuidado del cuidado
que el Rey le dió de su gente;
y al son de una sinfonía
que Cieza el ciego tañía,
cantaban los Melgarejos,
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.

Cuando Gonzalo Fernández de Oviedo, el ilustre Alcaide de la Fortaleza de Santo Domingo, escribe aquí su monumental *Historia de las Indias*, los romances viejos acuden siempre a su memoria. Uno de ellos, el del Rey Ramiro:

Buenas las traemos, Señor,
pues que venimos acá....

Tampoco olvida los cantares de Castilla cuando escribe, junto a los rumores y soledades del Caribe, sus célebres *Quinquagenas*:

Deste mal murió mi madre,
deste mal moriré yo....

Desde temprano, vivos aún los tristes y armoniosos ecos del *Areito* de Anacaona, la poesía abunda en Santo Domingo (4). Y en tal extremo que Juan de Castellanos, en sus enormes *Elegías*, le atribuye virtud suficiente para ser causa de que no pueda el español domeñar al indio rebelde que desde 1519 señorea el Baoruco:

(4) Para el cronista López de Gómara, el *areito* era como el romance de los indios de la Española. Al referirse a las ceremonias religiosas de los indígenas decía: "Rodeaban los que oraban, y comenzaban a cantar como un romance viejo en loor de aquel dios. Levantábanse todos a responder, en acabando el romance mudaban el tono y decían otro en alabanza del Cacique... Areito es como la zambra de moros, que bailan cantando romances en alabanza de sus idoles y de los reyes y en memoria de victorias y acacimientos notables y antiguos, que no tienen otras historias". *Historia general de las Indias*, Bib. de Aut. Españoles, Rivadeneira, Madrid, 1852, vol. 1, pp. 173-174.

Por faltar pues entonces fuerte gente
 y usarse ya *Sonetos y canciones*,
 el Enrique se hizo tan valiente
 saliendo siempre con sus intenciones.

¡Qué tesoros de poesía perdidos para siempre! Algún romance recogería la gesta de Enriquillo, la fiereza de Caonabo, la prisión del Almirante, la rebeldía de Roldán, la hecatombe de Jaragua, las proezas de Ojeda, las obras y crueldades de Nicolás de Ovando... Sin embargo, ¡ni el recuerdo!

Escasos nombres asoman en el lento desfile de poetas de la Colonia de los cuales se conserva algún romance: el fraile murciano Antón de Lescámez, quien estuvo en la Ciudad del Ozama en 1534, autor del *Romance de Ximénez de Quesada*, cuyos ochenta versos fueron los primeros escritos en el Nuevo Reino de Granada, según afirma Otero Muñoz (5); Tirso de Molina, morador de nuestro antiguo Convento de las Mercedes, por los años de 1616 a 1618, quien escribe aquí dos "romances a lo rústico". Después, nada se sabe de si escribieron romances Leonor de Ovando, Tostado de la Peña, Llerena y demás poetas y versificadores de los lejanos tiempos coloniales. Luis José Peguero, que hacia 1763 escribe el *Romance a los valientes dominicanos que han sabido defender su isla Española*; y el versificador anónimo que hacia 1830 escribe el patético *Romance de las invasiones haitianas*, son raros ejemplos (6).

(5) G. Otero Muñoz, *Los primeros poetas de la conquista*, en *Boletín de historia y de antigüedades*, Bogotá, No. 217, 1932, pp. 50 y 54.

(6) Para utilidad de quien desee formar un *Romancero dominicano*, más completo que la presente colección, limitada selectivamente a romances de carácter histórico, doy la siguiente reseña, que sin duda adolecerá de inevitables omisiones: Ml. de J. de Peña y Reynoso, *Al Yaque*, 1848, (*El Iris*, Santiago, 10 marzo 1903); C. N. Penson, *Arbel caído*, (*El Teléfono*, S. D., 9 nov. 1890); *La Santa María* (*Letras y Ciencias*, S. D., 12 oct. 1892); y Sánchez, (en *El Boletín Municipal*, S. D., feb. 1887); Otero Nolasco, *La Caída de las hojas*, (en *Letras y Ciencias*, S. D., No. 99, 1896); Arturo B.

Cierto es también que en la Isla, como en casi toda la América, el romance perdió su prestigio de genuina expresión de la musa popular española, y fué sustituido por la

Pellerano Castro, **Acuarela**, (*Letras y Ciencias*, S. D., 13 abril 1892) y **Funeraria**, (en *La Cuna de América*, S. D., No. 63, 15 marzo 1908); Adriano Cordero González, **Relieves**, La Vega, 1931; Adán Aguilar, **Criolla**, (*Ideal*, La Vega, núms. 4-5, 1-15 mayo, 1915); **Romance histórico**, anónimo, (*El Dominicano*, S. D., No. 2, 7 julio 1855); Jaime Colson, **Los yanquis en Santo Domingo** (en su obra *El gran drama*, Puerto Plata, 1922); Virginia E. Ortea, **Puerto Plata**, (en *Letras y Ciencias*, S. D., 31 mayo 1893); Encarnación Echavarría de Del Monte, **Romance**, 1854, y Francisca C. Valdez de Mota, **Despedida a mi patria**, 1858, (romances inéditos, en *Cuaderno de poesías*, manuscrito en poder de Mercedes Del Monte); Josefa A. Perdomo, **El sueño de un caminante**, (en su libro de *Poesías*, S. D., 1885, p. 179); Salomé Ureña de Henríquez, fragmentos del poema **Anacaona**, (en su libro *Poesías*, S. D., 1880, p. 113); Francisco Javier Angulo Guridi, **Escenas aborígenes**, (*El Laborante*, S. D., No. 70, 12 enero 1872. Véase su drama histórico *Iguanona*, S. D., 1881), y **Talebard**, extenso romance, inédito, cuyo manuscrito conserva Doña Eva R. de Berroa, en San Pedro de Macorís; Félix Fco. Rodríguez, **Anacaona**, (en *El Eco de la Opinión*, S. D., No. 713, 11 feb. 1893); Gastón F. Deligne, **Soldado, pulpero y comentador**, 1888, (en *La Cuna de América*, S. D., No. 20 ag. 1903) y **Dolorosa**, (en *La Cuna de América*, No. 58, S. D., 9 de feb. 1908); Domingo Moreno Jiménez, **Don José Núñez de Cáceres**, (en su libro 4 (*Qué se yo*) **Estambres!**, Santiago, 1942); **Romances**, (en *Plus Ultra*, Seybo, No. 54, 9 abril 1933); Francisco Muñoz Del Monte, **Romances**, (en su libro *Poesías*, Madrid, 1880); Juana A. Hernández, **Cantos populares**, Moca, 1909; José Joaquín Pérez, fragmentos de diversas composiciones de **Fantasías indígenas**, S. D., 1877; **Romance político-burlesco**, anónimo, (en *El Porvenir*, Puerto Plata, No. 106, 1875); Pablo Pumarol, **Romances joco-serios**, (en *El Eco de la Opinión*, S. D., Nos. 11 y 20, 3 junio y 12 ag. 1879); Pedro Medina, **La Coronela**, Juana Saltitopa, (en *Dominical*, C. T., 27 feb. 1938); **La Coronela**, Juana Saltitopa, anónimo, conservamos copia que nos obsequió el fenecido historiador M. Ubaldo Gómez en 1939); **Delíades**, (seudónimo), **Aventura nocturna**, (en *El Oasis*, S. D., No. 20, 15 abril 1855); Carlos Bello, **La Resolución**, romance histórico, (en *El Eco del Pueblo*, Santiago, No. 124, 17 ag. 1884); Juan de Js. Reyes, **Romance de la ocupación**, Santiago, 1928; Federico Henríquez y Carvajal, **Guarocuya**, **El monólogo de Enriquillo**. S. D., 1924; **Romances históricos**, C. T., 1937; y **Los mártires**, no incluido en el libro anterior, (en *El Mensajero*, S. D., 27 febrero 1883); Andrejulio Aybar, **Mis romances de ternura y de sangre**. S. D., 1935; León F. Sosa, **Romances**, Santiago, 1938; Enrique Henríquez, **La leyenda del recluta y El cadalso de García Lorca**, (en su libro *Nocturnos y otros poemas*, C. T., 1939). Debe hacerse especial mención de los bellos romances que, junto con versos de diversa medida, figuran en la leyenda histórica de Félix María Del Monte, **Las vírgenes de Galindo**, S. D., 1885.

décima, que es nuestro metro popular por excelencia (7). Por eso apenas se recuerdan algunos romances de los años de la Colonia, salvo los romances tradicionales infantiles que todavía se cantan en las escuelas dominicanas, tales como *Delgadina*, *Hilo de oro*, *La niña convertida en árbol*, *Doña Ana*, *Malbrú*, *Santa Catalina*, *Muerte del Señor don Gato* y otros (8).

Creada la República, los poetas escriben pocos romances. Hostos se lamentaba de que las *Fantasías Indígenas* de José Joaquín Pérez no fueran el *Romancero de Quisqueya*, y expresaba sus pensamientos en sus bellas páginas *Lo que no quiso el lírico quisqueyano* (9). Sin embargo, dice Pedro Henríquez Ureña, “a mi juicio no era acertada la idea de Hostos: el romance, en España popular, no lo es en Santo Domingo. El oído dominicano necesita consonantes, y por

(7) Una investigación cuidadosa revelará la existencia, en nuestra poesía popular, del *corrido*, derivado del romance, tan en boga en México. En esa investigación puede servir de guía la vasta y excelente obra de Vicente T. Mendoza, *El romance español y el corrido mexicano*, México, 1939, y el docto ensayo de Héctor Pérez Martínez, *Trayectoria del corrido*, México, 1935. En cuanto a la *décima* en Santo Domingo, véase la obra de María Cadilla de Martínez, *La poesía popular en Puerto Rico*, Madrid, 1933, —la mejor en su género en las Antillas,— y nuestro libro *Poesía popular dominicana*. Ciudad Trujillo, 1938, vol. 1.

(8) V. Pedro Henríquez Ureña, *Romances de América*, en *Cuba Contemporánea*, No. 4, Habana, dic. 1913; P. H. U. y Bertrán D. Wolfe, *Romances tradicionales en Méjico*, Madrid, 1924; Aurelio M. Espinosa, *El romancero*, en *Hispania*, vol. XII, No. 1, feb. 1929; J. Vicuña Cifuentes, *Romances populares y vulgares*. Santiago de Chile, 1912, y Carolina Poncet, *El romance en Cuba*. Habana, 1914.

(9) Decía Hostos: “Con la facilidad de composición métrica que siempre tuvo, José Joaquín Pérez estaba en capacidad de dotar a las letras patrias con la obra que acaso es más capaz de cerrar el ciclo del primer estado y abrir el del segundo estado de la vida nacional. Esa obra era el *Romancero de Quisqueya*. . . Es seguro que si José Joaquín hubiera unido a su capacidad para hacer magníficos romances, la idea de que ellos son el molde único de nuestra familia en la fábrica de lo bello nacional, en la idealización de la vida nacional, en la construcción del ideal poético de la familia étnica, habría llegado infaliblemente al romance de Quisqueya. . . Así en *Fantasías indígenas*, que son un romancero malogrado a cada paso despunta el romancero”. V. nuestra colección de escritos del Maes-

eso nuestro pueblo gusta de las décimas y de las redondillas (10)". En realidad, puede afirmarse que la décima es nuestro romance.

La aspiración de Hostos tenía antecedentes: en 1874 la benemérita Sociedad Amantes de la Luz, de Santiago de los Caballeros, hizo un llamamiento a los poetas del país para que escribieran algunas "producciones sobre hechos de nuestras guerras de Independencia y Restauración, dando preferencia para la forma al romance y a la décima, por ser los géneros más populares, proponiéndose con ello celebrar nuestros héroes e inflamar nuestro espíritu de autonomía (11)". El bello propósito tuvo pobre resultado. Prevalció la décima por encima del romance (12).

tro, Hostos en Santo Domingo, C. T., 1942, vol. II, pp. 83-85. Como José Joaquín Pérez en algunas de sus *Fantasías*, y como Félix María Del Monte, en *Las Vírgenes de Galindo*, Salomé Ureña también utilizó el romance en diversas partes de su extensa leyenda *Anacaona*, inserta en la primera edición de sus *Poesías*, (Santo Domingo, 1880).

(10) P. Henríquez Ureña, *Reflorescencia*, en la revista *La Cuna de América*, No. 77, Santo Domingo, 18 de dic. de 1904.

(11) *El Orden*, No. 18, Santiago, 6 de dic. de 1874.

(12) En nuestros escritores del pasado no es raro encontrar alusiones a los romances viejos y hasta fragmentos de ellos: en las décimas acerca del número 7, atribuidas al Maestro Mónica, hay esta alusión al de la lastimera historia de los Siete Infantes de Lara:

Los valerosos infantes
 Siete del nombre de Lara...

Y Galván, en *Enriquillo*, (S. D., 1882, p. 200) pone en boca de Elvira Pimentel, de los tiempos de María de Toledo, estos dos versos:

Salen las siete cabrillas,
 la media noche es pasada...

En *La Celestina* dice Melibea:

La media noche es pasada,
 e no viene:
 sabedme si otra amada
 le detiene...

Antes de la frustrada iniciativa de *Amantes de la Luz*, en los días de la Anexión a España, de 1861 a 1865, el romance alcanzó nueva boga en Santo Domingo. Era la afición española, al romance, en oposición a la preferencia dominicana, por la décima. Mientras los *cacharros*, españoles, escriben romances como la jactanciosa *Carta de un soldado a su madre después de la acción de Puerto-Caballo* (13), los *manigüeros*, dominicanos, componen sus décimas o entonan sus cantares al son del tiple:

Antonio Guzmán
 no me gusta a mí;
 primero *cacharro*
 y después *mambí*.

A las armas manigüeros,
 cantemos la libertad,
 que somos dominicanos
 del partido nacional.

Ya se van los españoles
 con su bandera *morá*,
juyéndole a cuatro gatos
 que salen de la *avanzá*.

Ya se van los españoles
 con su bandera amarilla,
juyéndole a cuatro gatos
 que salen de la manigua.

Algunos romances de los soldados españoles tenían grande popularidad y corrían impresos en España. Así el *Nuevo y curioso romance en que se da cuenta de la victoria alcanzada por los españoles... guerra de Santo Domingo de América*, publicado en Salamanca. Y no faltaban las

(13) Véase R. González Tablas, *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo*, Madrid, 1870, pp. 180-181.

vulgaridades romanceadas. El ameno historiador Nicolás Estévez, que estuvo en Santo Domingo en el ejército peninsular durante la guerra dominico-española, refiere que en el Campamento de Monte Cristi, diezmado por la disentería, un oficial español compuso el siguiente romance, que tuvo grandísima boga en todo el Continente:

Me c . . . , c . . . , en Colón,
 en Cortés y en los Pizarros,
 en Américo Vespucio
 y en don Sebastián del Cano.
 En Isabel la Católica
 y en su esposo don Fernando.
 Me c . . . en Guatimozín
 y en el Inca Garcilaso,
 en los Estados Unidos
 y en el Seno Mexicano.
 en el trono del Brasil
 y encima del Chimborazo
 y de Panamá en el Istmo
 por uno y otro océanos.
 Y por c en América,
 Me c . . . hasta en el tabaco . . . (14).

El romance, pues, flor escasa en nuestro Olimpo, no ha tenido pervivencia en Santo Domingo, salvo en los cantos infantiles. Lo desplazó la décima, como metro popular. Su aparición nunca fué sino fugaz y esporádica. Se deshizo en los rústicos cantares campesinos. Apareció, con todos sus atavíos, en los *Romances de la Hispaniola*, promesa de Gastón Deligne sólo en parte cumplida. Asomó en la candorosa y mística Juana Hernández, tan pobre como desconocida. Vivió vida intensa, pero escasa de poesía, en las *Cachimbolas* de Eulogio C. Cabral, único de nuestros poetas populares que,

(14) Hemos reconstruido este romance, quizás incompleto, en vista de las versiones fragmentarias dadas por Estévez, en *Fragmentos de mis memorias*, Madrid, 1903, p. 169, y por Antonio José Restrepo, en *El cancionero de Antioquia*, Barcelona, 1930, p. 167.



apartándose de la décima, sólo escribió romances. Reapareció, finalmente, como indudable influencia de García Lorca, cuando el inmortal *Romancero gitano* recorría triunfal el mundo de habla hispánica. La excelente revista *Bahoruco*, de Horacio Blanco Fombona, fué la ardida palestra. Allí están, recién nacidos y ya olvidados, año de 1934, aquellos “romances de encargo”.

Era, sin embargo, algo del alma española que penetraba nuestro espíritu, como si volviesen a llenar los ámbitos de la Isla, con nuevo y encendido acento, los viejos romances que trajeron, en las naos descubridoras, los aventureros del mar compañeros del Primer Almirante.



...y el gran Don Pedro Morel, - después del caballo muerto, se botó a pié con la espada - y a Monciur Marcán mató...

LUIS JOSE PEGUERO

(¿ - 1792)

Personaje tan curioso como desconocido fué Luis José Peguero, uno de los fundadores de Baní, la eglógica villa gloriosamente predestinada a servir de cuna al Libertador de Cuba, Máximo Gómez. Hacia 1763 escribió Peguero una **Historia de la conquista de la Isla Española**, que se conserva inédita en la Biblioteca Nacional, de Madrid, junto con otro manuscrito: **Notas, apuntes y versos. Borradores autógrafos de Luis José Peguero, residente en el valle de Baní, en su hato de San Francisco y el Rosario de la Isla Española de Santo Domingo**, año 1763. En su **Historia** aparece el romance que ahora se publica por primera vez, al cual se le han introducido las correcciones ortográficas indispensables. Su título está todo lleno de sugerencias: "Romance en que se dice que los valientes dominicanos han sabido defender su Isla Española". Consúltese: **Luis José Peguero**, en nuestro libro **Poesía popular dominicana**. C. T., 1938, vol. 1, pp. 109-116.

A LOS VALIENTES DOMINICANOS

Suenen las sonoras trompas,
las liras y los timbales,
mientras que mi torpe acento
va esplicando las lealtades
que en la Española isla
han tenido en las edades
de los ya pasados siglos
sus moradores leales.
Pues queriéndola invadir

las naciones infernales
de ingleses y de franceses
por sus crecidos metales,
por sus aguas y sus montes,
por sus selvas y sus valles,
por sus ríos y sus fuentes,
por su cacería volante,
sin reparar que es la Prima
de iglesias y catedrales,
Presidencias y Gobiernos,
y también de Virreynatos.
Prima de América toda
y Joya de gran cognato,
en que tiene el Rey de España
vinculado un Mayorazgo.
El primero fué el inglés
aquel Drake luterante,
que en el siglo de quinientos
noventa y ocho*, pasantes,
con veinte y ocho bajeles
a veinte y cinco de Marzo,
con la cautela finjida
de españoles estandartes,
entre el puerto se metió,
haciendo un desembarque
de más de seis mil ingleses
que al son de marciales parches,
estando los moradores
todos los más en el campo,
se apoderó de la fuerza

(*) La invasión de Drake fué el 10 enero 1586.



A LOS VALIENTES DOMINICANOS

de castillos y baluartes,
apellidando a Isabela
Reyna viuda luterante
que la Gran Bretaña rige;
pero entonces los leales
moradores de la isla
porque no pase adelante
Drake, la compran la isla;
y el oro por su rescate
dicen que se romanió
según cuentan los Anales,
que a Drake por la isla dieron,
estos vasallos leales,
porque no pierda su Rey
la que es de Indias la llave,
y el gran Felipe Tercero
Rey de España dominante
la titula leal y noble,
y la exempta que no pague
alcabalas ni derechos,
pechos que en España pagan;
pero corriendo el tiempo
cinquenta y siete contaban
años, que Drake se fué,
cuando queriendo empuñarla,
vino el general Cromuel *
con una famosa escuadra
de veinte y cinco navíos;
y en Jaina nos desembarca
más de nueve mil ingleses

(*) Se refiere a la invasión de Penn y Venables en 1655, enviados por Cromwell.

y en su escuadra Cromuel pasa
a la Ciudad, y se ancló
en una grande ensenada
que se llama de Caucedo,
de donde venía a batiarla.
Pero el Conde de Peñalva
que entonces la gobernaba,
con los nobles caballeros
breve se puso en campaña,
peleando bizarramente
Mieses, Maruchos y Vargas,
Payanos y Fuenmayores,
Bastidas y nobles Asas,
Maldonados y Martínez,
Nietos, Paredes y Laras,
Francos y Caravajales,
que en los baluartes estaban,
porque Santiago y San Gil
y Punta Diamante daban,
bala y metralla continuo;
la milicia en la muralla,
donde los ingleses vieron
que se paseaba una dama
con un frayle dominico
que mucho temor les daba,
y sus balas recibían
en el manto y en la capa
y luego retrocedían
sin que daño les causara.

El patache se acercó,
echóle a pique una bala,



A LOS VALIENTES DOMINICANOS

del Baluarte de San Gil,
que Pedro Pablos tiraba,
que era un famoso artillero
de los venidos de España.
Tres días duró el combate
de trincheras y murallas
hasta que vino la gente
del Seybo y de Bayaguana,
de La Vega y el Cotuy,
de Higüey y de Monte Plata,
que como sangrientos lions,
un Jueves por la mañana
antes de venir el día,
diciendo: ¡avanza, avanza,
viva Dios, mueran Lutero
y su caterva canalla!,
y en cuatro horas les dió fin
el machete y la lanza,
quedando seis mil ingleses
difuntos en la sabana;
porque los demás murieron
en su mal dispuesta marcha;
y ninguno se embarcó
que la noticias llevara
de cuantos pisaron la isla,
y se retiró la escuadra
dejando la Torrecilla
enteramente arruinada.
San Lázaro y San Francisco
y los que en altura estaban
fueron los que padecieron,
que los demás, ni una bala

hizo daño en la Ciudad,
en su multitud de casas.
Y en el año de seiscientos
cinquenta y cinco se acaba
esta célebre victoria.

Cuando ya el francés andaba
en pretensión de la isla,
con nuestra Reyna de España
María Luisa de Borbón,
hija de su Rey de Francia,
mujer de Carlos Segundo,
postrero de Casa de Austria,
y aliados de esta señora,
fué su desvergüenza tanta,
que hemos tenido con ellos
tres memorables batallas:
sin otros muchos encuentros,
y los que pasan de marca
el Guarico y Puerto Pé,
que Puerto Real se llamaba;
postrero Sabana Real,
el año que se contaba
seiscientos ochenta y siete;
treinta y dos que descansaba
de la guerra de Cromuel
esta isla amada patria,
y a los siete del Reynado
de Carlos Segundo de Austria,
se dice se rebeló
Lorencillo de Canarias,
y le ofreció al francés

que le pondría a sus plantas,
la isla y vasallos todos
a pesar del Rey de España.
Se aprontaron las Colonias,
todos tomaron las armas,
y se hizo un esfuerzo
de tres mil de estos canallas;
y aprontan caballerías
para venir a saltiarla;
y el señor Don Juan Barranco,
Presidente de gran fama,
hizo prevenir las tropas
de las villas que comanda,
que llevó Don Gil Corrioso,
Comandante de las Armas,
junto con Don Juan de Mieses
que es Capitán de Corazas,
y otros muchos caballeros
grandes en nobleza y fama,
a la Ciudad de Santiago
donde pronto esperaba
el gran Don Pedro Morel
con toda su gente armada;
y reunidas las tropas
de allí siguieron la marcha
setecientos y cuarenta,
a Sabana Real citada,
para que allí viera el sol
la más sangrienta batalla
de españoles y franceses.
Un viernes por la mañana
a ocho del mes de enero

del año que se declara
al fin de quinta coluna
de esta historia celebrada, *
se dieron los campos frente,
y la chusma francesada
parecía un jardín de flores
todos vestidos de gala.
Mandó pues Don Gil Corrioso,
que los mosquetes formaran
el primer frente, y después
los fusiles y las lanzas,
y que se echasen en tierra
para recibir la carga
que daba el francés, en forma
de remolina manada:
que mataron muchos hombres
la multitud de sus balas;
y los acabaran todos
si el gran Morel no animara
diciendo: ¡avansá hijos
por la virgen soberana,
Santiago y mueran todos,
y viva el Rey de España,
que son pocos, y nosotros
moriremos por la patria!
Se levantaron cincuenta
que cayeron con las balas
como palomas a tierra;
mas fueron las voces tantas

(*) Se refiere al texto de la **Historia** de Peguero, de donde ha sido tomado este romance.

de esforzados caballeros
y capitanes de fama,
que el avance repetían
por María soberana
de las Mercedes, que fué
junto el fuego con las lanzas,
con tanto vigor que huyeron
Lorencillo y su compañía
por la falda de unos cerros,
dejando a Monciur Marcan
empeñado en la batalla,
que poco se tuvo en pié
la máquina francesada,
aunque hicieron resistencia,
porque la gente orejana
con un ¡Santiago, y a ellos!
que es la palabra que hablaban,
breve se hizo tal destrozo
con el machete y la lanza,
que fué la sabana tumba
y fué ríos la sabana
de la sangre que corría
de la francesa canalla;
y el gran Don Pedro Morel,
sacó en un brazo una bala
después del caballo muerto;
se botó a pié con la espada
y a Monciur Marcan mató
con que huyó la francesada.
Y dixo el gran Morel
con discreción sazónada:
ahora empezaba yo

a irme viniendo la gana
de reñir, y ya no veo
ningún francés en campaña,
y mi espada de corrida
se va a esconder en la vaina.
Los despojos fueron muchos
y nuestros muertos no pasan
de ciento y diez y nueve
y treinta heridos de balas.
Y el despojo se les dió
a la gente y aquí acaba
esta historia verdadera.

Démosle todos las gracias
al Señor de cielo y tierra,
y a su madre soberana
del título de Mercedes
por patrona proclamada,
la Santa Cruz de La Vega
y a Domingo el gran Patriarca;
pués teniéndolos a ellos
jamás temeremos nada:
aun que vengan con Holanda,
juntas Inglaterra y Francia;
que aunque los viejos han muerto,
mucha gente hay reforzada
de grande pujanza y bríos,
que de reñir tienen gana:
y esperámoslos por horas
por matar tanta canalla.
Pide el autor le perdonen
sus sobradísimas faltas.

ROMANCE DE LAS INVASIONES HAITIANAS

El patético Romance de las invasiones haitianas, anónimo, lamentablemente incompleto, lo conservaba entre viejos papeles, en Santiago de los Caballeros, el distinguido ciudadano don Ulises Franco Bidó. De sus manos pasó a las del fenecido historiador Manuel Ubaldo Gómez Moya, a quien debemos el obsequio del inestimable manuscrito inédito. Aunque escrito hacia 1830, los rasgos de la letra son del siglo anterior, de lo que puede inducirse que el autor era persona de edad, que había presenciado las dramáticas escenas descritas. En la versión que ahora se da a conocer han sido introducidas las correcciones ortográficas indispensables. También han sido completados algunos versos, paciente labor que agradecemos al Dr. Max Henríquez Ureña. Las palabras o versos añadidos, por rotura o ilegibilidad del manuscrito, se imprimen con letra distinta a la del texto original, en cuya transcripción nos ha auxiliado el Profesor Vicente Llorens Castillo. Es un romance de gran valor histórico. Revela, con sorprendente dramatismo, cómo fueron las espantosas invasiones haitianas. Explica la prudente actitud del pueblo dominicano frente a la invasión de Boyer, en 1822, y las circunstancias de fuerza que la hicieron posible. Han sido inútiles las investigaciones relativas a la paternidad del romance, hasta hoy desconocido. Sea testimonio vivo de las mayores vicisitudes del sufrido pueblo dominicano.

LAS INVASIONES HAITIANAS

*En mil ochocientos uno
corrió, a principios de enero,
en Santiago, la noticia
de que un poderoso ejército*



*de los Colonios de Haití
avanzaba a hacerse dueño
de esta parte ante Española.
Se organizaron corriendo
varias columnas valientes
que a esperarlo a Mao fueron.
Llegaron pronto hasta Mao
los de Guayubín, huyendo;
que en vano quiso enfrentarse
su capitán a ese ejército
de algunos miles de hombres;
y entre todos decidieron
oponerse al enemigo,
y montaron sobre un cerro
un cañón, para acosarlo
y hacerle fuego certero.*

En esta disposición
hasta las diez estuvieron
del día once del mes
que ya referido dejó.
En esto vieron venir
un ejército tan grueso
que de fuerza se aguantaron
a esperarlos en el Puerto:
venía la Infantería
delante con gran estruendo
de cajas, música acorde
y diversos instrumentos;
en lo interior de la tropa
traían con galanteo
seis pabellones hermosos,



LAS INVASIONES HAITIANAS

y de colores diversos;
detrás venían los dragones
en caballos muy ligeros,
gruesos, fuertes y escogidos
para los grandes empeños.
Mas de cuatro mil soldados
dicen muchos eran ellos,
y los españoles sólo
llegaban a cuatrocientos;
pero habemos de advertir
que de éstos los fusileros
sólo a ciento y tres llegaban,
los demás eran lanceros.
Mas es cierto que tenían
un cañoncito pequeño
de a cuatro, y ellos venían
de Artillería sin pertrechos:
llegaron tan inmediato
que pudo hacérseles fuego
con una chica pistola
si lo mandase el Gobierno.
Mas se pararon allí,
y divisan al momento
la caballería española
que estaba detrás del cerro:
al punto echáronle manga
para irles al encuentro;
lo que viendo el Capitán,
(hombre de crecido aliento)
Don Cayetano Rosón,
picó el caballo resuelto
para salir a encontrarlos;



sus soldados le siguieron,
pero fué tal su osadía,
que sin orden ni concierto
comenzó a hacer *fuego al punto*
sin esperar, ni dar tiempo
que formasen en batalla
sus soldados, porque el fuego
con siete hombres lo empezó,
pero se le acabó presto
porque a pocas embestidas,
cuando lo esperaba menos
vino una furiosa bala
que le dentró por el pecho,
pasándole a la otra parte,
cayendo difunto al suelo:
a Dios le pido le tenga
gozando su Santo Reyno.
Murieron algunos más,
pero los vivos se vieron
tan sobornados, *que apenas*
si contrarrestar pudieron
la furia del enemigo
y los contrarios esfuerzos.
Lo que viendo el Comandante,
que estaba encima del Cerro,
hizo al punto disparar
el cañón y armas a un tiempo,
haciendo un terrible estrago
en el contrario; mas luego,
viendo que le iban cercando
y serían perdidos presto,
mandó que se retirasen



Don Cayetano Rosón, - picó el caballo resuelto
para salir a encontrarlos: - sus soldados le siguieron...

a reunirse a su Pueblo,
para defender en él,
hasta rendir el aliento,
sus casas y propiedades:
mas luego que confirieron
sobre la fuerza contraria,
desde luego conocieron
ser en vano resistirse,
y determinaron presto
hacer Capitulación,
y entregarles al momento
dicha Plaza con las armas,
municiones y pertrechos.

Cuando a la noche llegaron
los retirados y oyeron
que se había capitulado,
fué grande su sentimiento.
Doblemente acrecentó
su pena y su desconsuelo
ver todo el pueblo vacío,
con tan funesto silencio,
tan tenebrosas las calles,
las casas sin luz adentro,
por que la gente asombrada
sin saber bien del suceso
se había retirado al campo
hasta enterarse de cierto
de aquesta tragedia el fin;
mas luego que conocieron
que en buena amistad venían,
a sus casas se volvieron.



El día trece dentraron
los colonios a este Pueblo,
y también se apoderaron
en aqueste mismo tiempo
sin un tiro de fusil
del fortalecido Puerto
Ciudad de Santo Domingo,
sus órdenes repartiendo
en los Pueblos interiores
de este Arzobispado excelso.
Trece meses gobernaron
la Parte Española, siendo
el Gobierno principal
el Emperador perverso
Cristóbal, tiranizando
a sus mismos compañeros.
Mas en el año de dos,
a principio de Febrero,
vinieron sobre esta Isla
veinte mil hombres guerreros
de la Francia, y mas ciudades
y tomándose los Puertos
más flacos, fueron grangeándose
poco a poco sus terrenos,
hasta hacerlos retirar
a los más remotos pueblos
de las Colonias y Sierras:
pero luego quiso el cielo
que los blancos se morían,
y fueron escaeciendo,
volviendo a supiditar
los Colonios sobre de ellos,

hasta llegar a tomar
segunda vez sus terrenos
hasta el río de Dajabón,
donde en esta parte hicieron
los blancos sus fortalezas,
y un tiempo permanecieron
sufriendo crueles asaltos,
mas luego fallos se vieron,
que fué fuerza retirarse
con bastante detrimento
a la Parte ante Española,
siendo el principal Gobierno
el valeroso Ferrán,
toda la fuerza poniendo
en la famosa ciudad
de Santo Domingo y Puerto;
(donde repartía sus órdenes
a los interiores Pueblos)
y más Puertos y lugares
de este Arzobispado bello.

Mas en el año de cinco
el Emperador soberbio
Cristóbal, ha prevenido
fuertes armadas a un tiempo;
por la vuelta del Sur una,
y la otra por tierra dentro,
con intento de tomar
a Santo Domingo presto,
con disposición y orden
que no hallando impedimento
ni estorbo para pasar



en los caminos y Pueblos,
a nadie le hiciesen daño,
siguiendo a su desempeño.
Mas el General Serapio,
que a la sazón en el Pueblo
de Santiago gobernaba,
como hombre poco diestro
e instruido en lo militar,
se determinó resuelto
a no dejarlos pasar.
¡Nunca tal hubiera hecho,
pues nos resultó tal ruina,
desastres y sacrilegios!
Previno la resistencia
fortaleciendo los Puertos,
preparó la Artillería,
municiones y pertrechos
para el funesto combate
que esperaba por momentos.
Pero hizo el desatino
que aquellos hombres más diestros
en la disciplina de armas
los esparció en cuatro Puestos;
doscientos al Barrancón,
a la Emboscada trescientos,
doscientos al Hato de Yaque,
y en la Herradura ciento,
sabiendo de positivo
que todo el contrario esfuerzo
venía por Hato de Yaque,
como aconteció en efecto.

Lunes de Carnestolendas
a mediados de Febrero
a las seis de la mañana
a este Fuerte vista dieron:
y aunque el General Tabares
le persuadió con esmero
al General Español
que no mandase hacer fuego,
que la fuerza que venía
excedía al número nuestro,
que tuviese por seguro,
por muy evidente y cierto
que la orden que traía,
(no teniendo mal encuentro)
era pasar de seguido,
proveyéndose en el Pueblo
de todo lo necesario.
Mas él respondió diciendo:
¡me tengo de defender
con los poquitos que tengo!
y al punto hizo disparar,
al son de los instrumentos,
la pieza de artillería
muy grande destrozo haciendo;
también la fusilería
y demás armas de fuego
tal incendio despedían,
que oscuro se puso el cielo;
los montes se estremecían
al oír tan grande estruendo;
pero por nuestra desgracia
se cayó el cañón al suelo,

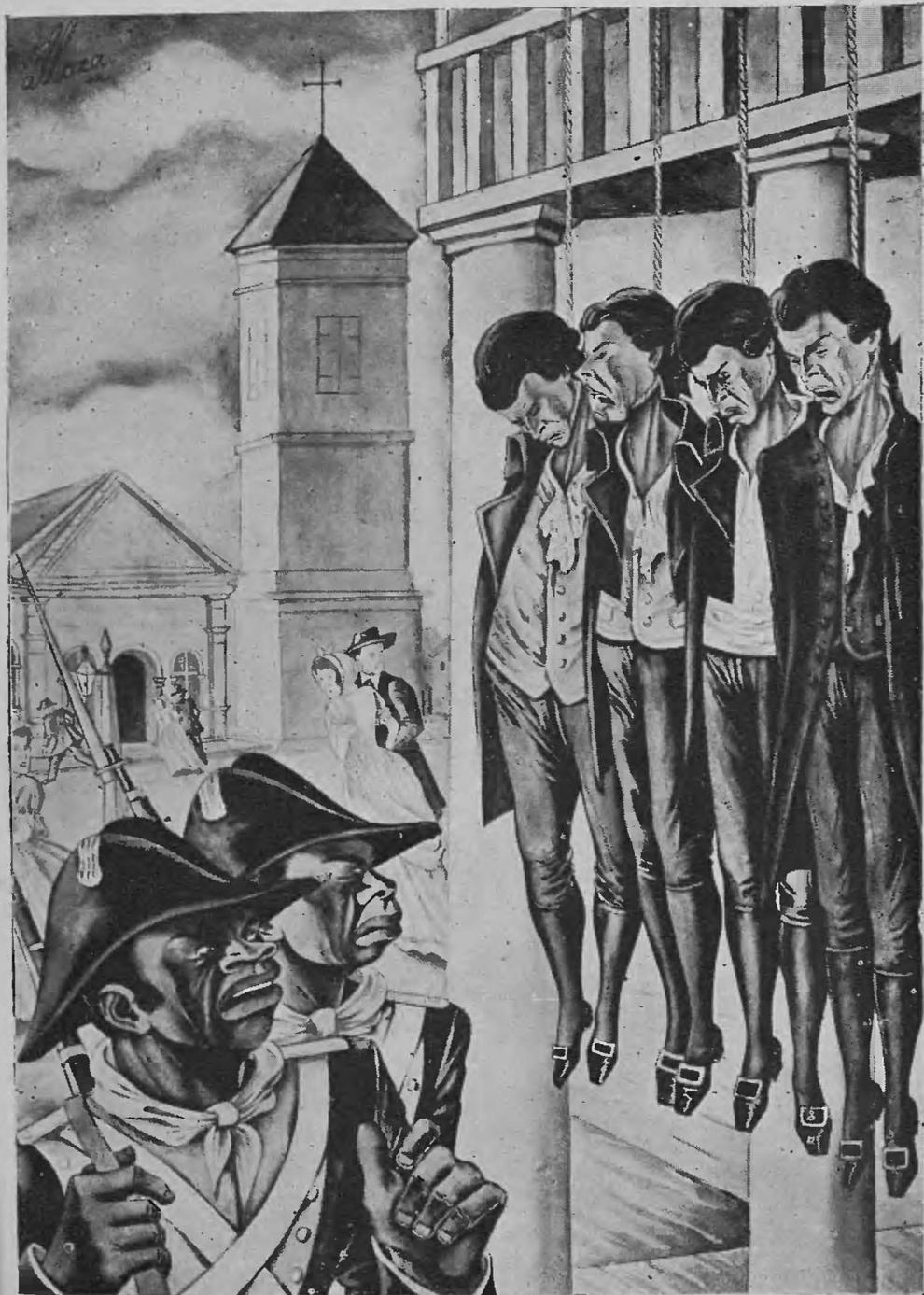
y aunque de ellos morían muchos,
avanzando se vinieron;
en la pasada del Río
grande pérdida tuvieron:
mas al fin siempre avanzando
bajo el fuego se vinieron.
Así que al Fuerte tomaron,
con ligereza siguieron
derecho para Santiago
con orgullo, en séguimiento
del General y su Escolta,
que iban siempre haciendo fuego
en retirada, y al fin
tan precisados se vieron
que fué forzoso apearse,
y defenderse en el suelo;
pero a pocas embestidas
el General cayó muerto:
hiciéronle mil pedazos
aún palpitante su cuerpo,
cortáronle la cabeza,
llevándola por trofeo,
fijada en la bayoneta
a Santiago. ¡Triste Pueblo!
Donde le daremos fin,
y concluída dejaremos
aquesta Segunda Parte,
que en la Tercera prometo
ablandar los corazones,
aunque fuesen de bronce hechos.

TERCERA PARTE

Pues en la Segunda Parte
amado Lector atento
dejo dicho como entraron
a mediados de Febrero
los Colonios a Santiago:
y como leones sangrientos
rabiosos con el estrago
que aquel día le habían hecho,
era sin comparación
su furor, rabia, y despecho;
y más cuando se encontraron
con los inválidos viejos,
inútiles que quedaron
para resguardar el Pueblo
que también se resistían.
Entraron a sangre y fuego
con todo lo que encontraban,
no perdonando a este tiempo
ni aún las mujeres y niños,
ni a los ancianos y enfermos.
Por las calles, por las Plazas,
dentro las casas y Templos,
en todas partes se veían
amontonados los muertos.
Luego a doce Magistrados,
junto con el Carcelero,
los colgaron afrentados
para mayor vilipendio
al Público en las Columnas
del Vivaque, allí murieron.

Pero lo que más asombra
y aturde el entendimiento,
que no sé cómo lo diga,
¡sólo de pensarlo tiemblo!:
que a los pobres sacerdotes
aleves reconvinieron
que para escapar las vidas
habían de dar sin remedio
cierta cantidad de plata,
y a todos guardia pusieron.
Después que el perdón echaron,
mandaron con grade imperio
a los pocos que quedaron
vivos, temblando de miedo,
que a la Sabana arrojaran
tanta multitud de muertos:
lo cual pusieron por obra
sin dilación al momento,
y a muchos los arrastraron
con cordeles por el suelo,
y hasta que vino la noche
este ejercicio tuvieron

Déjolos en este estado,
y prosigo refiriendo
la partida para arriba
de este Ejército tremendo,
que los Pueblos y lugares
todos se le iban rindiendo.
Al fin, a Santo Domingo
llegaron en breve tiempo,
donde el General Ferrán



Luego a doce Magistrados, - junto con el carcelero, los colgaron afrentados - para mayor vilipendio...



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

se resistió con esfuerzo
a no entregar la Ciudad
por lo cual sitio pusieron.
Veinte y dos días cabales
los tuvieron en el cerco
ya con ardidés sutiles,
ya con asaltos soberbios,
ya con cautelas y engaños
para ver si entraban dentro.
En uno de aquestos días
dentro la ciudad salieron
una escolta de soldados,
y Don Juan Barón con ellos,
Caballero Principal,
de grande valor y aliento,
que los Capitaneaba
con lindo acuerdo y concierto:
para ver si a fuerza de armas,
de pólvora, plomo y fuego
se retiraban de allí,
y aunque algún daño le hicieron
no pudieron conseguir
por entonces sus intentos,
pues a pocas embestidas
algunos quedaron muertos,
saliendo el Barón herido
que después murió muy presto.
Al fin se determinaron
a levantar dicho cerco:
y viendo no habían podido
el salir con sus intentos,
creció de tal calidad

la rabia y furor en ellos,
que de la jurisdicción
de Bayaguana emprendieron
sus crueldades y maldades
arrasando y dando fuego
a los Pueblos y lugares,
executando protervos
innumerables audacias,
trayéndose al mismo tiempo
la gente y los animales,
y todo cuanto pudieron
acarrear llevan consigo:
pero lo que causa en esto
mayor sentimiento es
el saber por fixo y cierto
que a los que se fatigaban
les daban la muerte luego.

Así que hubieron pasado
de La Vega, se partieron
en dos Escoltas, la una
para Santiago derecho,
y la otra para Moca;
donde llegando al momento
que el Pueblo hallaron vacío
el perdón establecieron
que salieran los vecinos
a sus casas sin recelo,
que ya estaban perdonados
y libres de todo riesgo;
y muchos en la confianza
dentro el Pueblo se metieron,



...una escolta de soldados - y Don Juan Barón con ellos,
caballero principal - de grande valor y aliento...



LAS INVASIONES HAITIANAS

y al otro día de mañana
mandaron tocar degüello,
y a todos le dieron muerte
sin escapar de este aprieto
ni aún las mujeres y niños,
los inválidos y enfermos,
que hasta en el Templo mismo
quitaron sus vidas fieros,
y saliéndose de allí
cenizas lo convirtieron.

Cuando a Santiago llegaron:
Oh! que dolor! qué tormento!
qué tristeza! qué congoja!
qué pena! y qué sentimiento!
que no sé cómo explicar
tan enormes sacrilegios!

Dadme, Dios mío, valor
para decir con acierto,
que a los pobres sacerdotes
segunda vez requirieron
para que presto entregasen
la gran suma de dinero
que anterior le habían pedido,
como arriba dicho dejo.
Mas como no lo tuviesen,
joya, ni alhaja de plata
que equivalase al valor,
el Gobernador soberbio
les mandó quitar las vidas,
y para su cumplimiento

ordenó que los sacasen
como a inocentes Corderos
de casa del Señor Cura,
y a él también junto con ellos
prisioneros como estaban
a la Plaza los trajeron:
a cuatro Santos Ministros,
dos Monigotes Profesos
a crueles bayonetazos
les dieron la muerte fieros.
¿Cómo no se eclipsa el Sol,
y se estremecen los Cielos,
la Tierra tiembla de espanto
al ver tales Sacrilegios?
¡Oh Santo Dios que sufrís
tan execrable despecho,
mirad con benignidad,
y rostro afable y sereno
a todos los pecadores,
y asentad en vuestro Reyno
las Almas de tantos Fieles
que en estas guerras han muerto!

Habiendo ya executado
sus depravados intentos,
hicieron un hoyo largo
dentro de aquel Cementerio,
y juntos los sepultaron.
Lloremos, todos, lloremos
tan lamentable desastre
en tan insignes sujetos.
Después de haber concluído



Y al otro día de mañana - mandaron tocar degüello...



LAS INVASIONES HAITIANAS

tan terrible atrevimiento,
dieron fuego a la ciudad,
y a las Colonias partieron,
llevando al Señor Vicario,
y a su familia con ellos
a un Frayle de la Merced,
tesoro, abastecimiento,
gran multitud de personas
de uno y de otro sexo,
muchedumbre de animales
y mil cosas que no cuento.
Los que consigo llevaban
los llevaban prisioneros,
o presos y atropellados
y de mil angustias llenos.
¡Cuántos murieron de hambre,
cuántos de sed perecieron,
cuántos pasando los ríos
se ahogaron sin remedio!
Al fin llegaron allá,
en donde siempre muriendo,
pocos con vida quedaron
bajo del yugo soberbio
e infame cautividad.

En este estado estuvieron
por tres años y seis meses,
hasta que permitió el Cielo
que consiguiesen permiso,
motivado a que viniendo
sobre los Franceses blancos
(que yacían de Gobierno



en la Parte ante Española)
un Ejército muy grueso
de la Isla de Puerto Rico,
gobernado con acierto
por Don Juan Sánchez Ramírez
digno de tan noble empleo.
Desembarcóse en Higüey
y de allí repartió presto
aviso a los Comandantes
de los españoles Pueblos
del intento que traía,
y como venía resuelto
trayendo orden Superior
de entregarse de aquel Puerto
noble de Santo Domingo;
y lo aprobaron por bueno.
También noticia le dió
al esforzado Gobierno
de las Colonias, que al punto
le ha ofrecido para esto
ayudarle en lo posible
con sus tropas y pertrechos
y todo lo necesario
para salir de este empeño.
Por consiguiente a Ferrán
le ha mandado un Parlamento
dándole a entender lo mismo,
y que supiese por cierto
de cómo enviado venía
del Cathólico y excelso
Fernando Séptimo Rey
a entregarse de aquel Puerto

y demás Parte Española,
sin haber duda en aquesto.
De esto se reyó Ferrán
haciendo burla y desprecio,
imputándole por tonto,
por sublevado y por necio.
Previno ochocientos hombres
de los más fuertes y diestros
en militar disciplina,
y con apercibimiento
de muchos lazos y sogas
para amarrados traerlos.
Salió de dicha Ciudad
con notable lucimiento
gobernando su Escuadrón,
el año mil y ochocientos,
y ocho, a fines de Octubre
esta partida emprendieron.

Buscando van sus contrarios
por el camino del Seibo.
Ellos tuvieron noticia
y se retiraron luego
algún poco más arriba,
hasta llegar al estrecho,
lugar bien acomodado
para lograr sus intentos,
nombrado Palo Hincado,
donde aguardando estuvieron
algunos pocos de días
sus prevenciones haciendo.
Llegó por fin aquel día



que fué fatal y postrero
para los Franceses blancos
como se verá muy presto.
Pues luego que se acercaron,
mandó el Español Gobierno
hacer sólo una descarga
y echar mano a los aceros,
sable, lanza y armas tales,
y a acometer con denuedo
a los Franceses, que al punto
muy desbaratados fueron,
y huyendo desordenados,
los españoles siguieron
detrás de ellos con furor
gran carnicería haciendo.
Y Ferrán que aquesto vido
procuró escapar huyendo
en un brioso caballo
para la ciudad ligero.
Mas poco le aprovechó,
porque le alcanzaron presto,
y él, mirándose perdido,
la muerte se dió violento:
pues con sus mismas pistolas
se metió dentro del cuerpo
dos onzas de voraz plomo,
cayendo difunto al suelo,
solamente escapó uno
para contar el suceso,
que arrasando por el monte
apareció el día tercero.
Más de ochocientos Franceses



Y Ferrand que aquesto vido - procuró escapar huyendo...
y él, mirándose perdido, - la muerte se dió violento...

en este ataque murieron,
y de Españoles sólo hubo
diez entre heridos y muertos.
Recogieron los despojos,
y con júbilo y contento,
a Dios y a su Santa Madre
las debidas gracias dieron.
De esta tragedia quedaron
con grande pavor y miedo
el resto que había quedado
a la ciudad guarneciendo.
Aquí pido al Auditorio
un poco de sufrimiento,
concluyendo aquesta Parte,
que en la siguiente ofrezco
proseguir aquesta Historia
si me favorece el Cielo.

CUARTA PARTE

Carísimo Lector mío,
pues en la Parte Tercera
te ofrecí de proseguir
aquesta Historia moderna,
quiero cumplir mi palabra,
y darte gusto por ella.
Y así, para continuar,
digo: que ya en la Tercera
quedamos en que mataron
en muy airosa refriega
los valientes Españoles

a la porción de más fuerza
de los Franceses, y así
cuando esta noticia adversa
tuvieron los que quedaron
de guarnición y reserva
en aquel Puerto lucido,
grande sobresalto y pena
en sus pechos sobrevino,
mayormente por la acerba
muerte de su General,
a quien amaban de veras;
igualmente las familias
Españolas, que en aquella
famosa ciudad vivían,
el sentimiento y tristeza
en todos fué indecible
y gravísimo, que deja
sus corazones partidos
en grado sobremanera.
Y más cuando verifican
que los contrarios se acercan
a querer tomar la plaza,
y a su vista se presentan
a impedirles las salidas
y las entradas por Tierra.
De los Pueblos interiores
domiciliados regresan
junto con los advenidos
mas de dos mil y cinquenta
hombres de armas reunidos,
que por la Tierra le cercan,
impidiéndole entrar

ni salir a las haciendas
a buscar la provisión
que a la vida humana alienta.
Luego el Inglés por el Mar
también sus Flotas presenta
dando favor a la España,
estorbando con destreza
no dentre ni salga Barco
que para su favor sea,
hasta que sean obligados
del hambre y de la miseria
a rendirse, aunque forzados,
pues siendo de otra manera
es casi como imposible
rendir tales fortalezas.
Vamos a lo más preciso,
y más principal de aquesta
Historia; por tanto digo:
que el Ejército se acerca
y pone sitio a la Plaza,
y muy pronto el hambre reina
entre los pobres vecinos
sin que en la ciudad hubiera
ratones, perros y gatos,
borricos, caballos, yeguas
que no supiesen a liebres,
y que adentro no valieran;
la asadura de caballo
se vendía por cosa cierta
en cuatro pesos cabales,
como también la botella
de miel de abeja costaba

un peso por evidencia:
arregulen cual serían
las cosas que más se aprecian:
y con todo no querían
rendirse, sólo en su tema
cada día pertinaces.
Por lo cual Don Juan intenta
el bombardear la ciudad,
(aunque con dolor y pena
de su corazón piadoso)
para ver si con aquesta
industria puede rendirlos.
Para cuyo fin comienza
en el principio de Julio
a arrojar bombas funestas,
causando muy grande estrago
en las casas e Iglesias,
y alguna gente moría
con las activas centellas
que al estallar disparaban
como encendidas saetas.
Viéndose tan oprimidos,
y angustiados de manera
por todas partes cercados
de mortales contingencias,
determinaron rendirse
con la condición espresa
que les dejasen llevar
donde avecindarse fueran
las armas y los caudales.
Y Don Juan al punto acepta
este partido, y así



LAS INVASIONES HAITIANAS

los Españoles se entregan
de esta Ciudad, pues dentraron
sin ninguna resistencia
a veinte y cinco de Julio,
del año nueve por cuenta.
Los Franceses se embarcaron
y se fueron a otra tierra,
quedando los Españoles
pacíficos, sin molestia,
aclamando al Rey Fernando
Séptimo, que paz perpetua
le tenga Dios, y le guarde
de traiciones y cautelas.

Hasta el año diez y seis
debajo de la bandera
estuvieron de la España:
mas entonces se presenta
diferente Pabellón,
que Constitucional era.
Después el año veinte y uno
otra nueva Ley se acerca
que llamaban Colombiana
y se asomaba a sus puertas
que estaba ya al admitirse,
pero parece que era
para más desolación
de esta codiciada Tierra.

Mas cuando no se esperaba
el Jefe, que ahora gobierna

toda esta Isla de Haití,
previno Armada de fuerza,
conquistando a los Colonios
para que a su banda vengan,
desertando de su Rey
Cristóbal que con violencia
los tiraniza y oprime,
y muchos de ellos se alegran
porque estaban mal contentos,
y forzados de manera
que la muerte le deseaban,
por donde encontraron brecha
para salir de tal yugo,
y servidumbre tan fiera:
aunque fué forzoso hacerlo
debajo de gran cautela,
y secreta precaución,
como es preciso en la guerra.
Y como para el muy alto
no hay muro, ni fortaleza
que a su voluntad se oponga,
cuando quiso su Clemencia
se acabase este Tirano,
dispuso su bondad inmensa
trazando todas las cosas
con Sabiduría Eterna.
Y así, sin él saber cómo
ni cuando, se le presenta
a su Palacio una Armada
tan terrible como gruesa
y le cercan y amenazan,
y él cubierto de soberbia

viendo que lo habían dejado
sólo en la mayor estrema,
y que escapar no podía
de ser muerto a la fiereza
y manos de sus contrarios,
con sus dos pistolas mismas
quitóse él propio la vida,
y se libertó de aquella
infamia en que podía verse
si con vida le prendieran.

Mirando tal maravilla
el Ejército se alegra;
rebotando de contentos
las aclamaciones mezclan
con la alegría, diciendo:
Viva, viva en paz perpetua
el Presidente Boyer
que nos sacó de tal pena,
y muera, muera Cristóbal,
para siempre, muera, muera!
Al instante aquellas tropas
se acogen a las banderas
del Presidente Boyer,
y grandes fiestas celebran.
Recogiendo los despojos
de las copiosas riquezas
que aqueste Imperio tenía,
los tesoros y grandezas
en pocas partes se han visto
otras que mayores sean.
Dando las debidas gracias



a Dios y a su Madre bella
de haber tenido la dicha
de concluir esta empresa
sin un tiro de fusil,
cosa que no se creyera...



JUAN PABLO DUARTE

(1813 - 1876)

De Duarte, Fundador de la República, se ha dicho siempre que no presumía de poeta. Sin embargo, ¿quién, en su tiempo, puso en sus escritos igual intensidad dramática, igual concentración amargura en sus versos? Figura central en el período de gestación de la República, de 1838 a 1844, no bien acaba de crearla es lanzado al destierro. Vida terriblemente aciaga desde entonces. Del Ozama al frío Hamburgo. De Saint Thomas a Caracas. De las oscuras selvas de Venezuela a los campos de Santiago, adonde viene a luchar contra España. De allí a Caracas y a la muerte. El más tremendo de sus dolores, quizás, el ostracismo a que lo arrojó Santana en 1844, apenas recién nacida su amada Patria, lo recogió en la más triste flor de nuestro Romancero. Duarte escribió diversas poesías: himnos de guerra, anatemas contra Santana, ansias y nostalgias de la tierra natal, tan dolorosamente lejos para sus ojos como presente para su espíritu. Esas poesías, en parte inéditas, se conservan manuscritas en el Archivo del historiador nacional García. Juan Pablo Duarte nació en Santo Domingo el 26 de enero de 1813 y murió en Caracas el 16 de julio de 1876. Desde 1884 reposa en la Capilla de Inmortales de la Catedral Primada de América.

ROMANCE

Era la noche sombría
y de silencio y de calma;
era una noche de oprobio
para la gente de Ozama;

noche de mengua y quebranto
para la Patria adorada,
el recordarla tan solo
el corazón apesara.

Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba
en pos de sus compañeros,
hacia la extranjera playa.

Ellos que al nombre de *Dios*,
Patria y Libertad se alzaran;
ellos que al Pueblo le dieron
la Independencia anhelada,
lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharán;
proscritos, sí, por traidores
los que de lealtad sobaban;
se les miró descender
a la ribera callada,
se les oyó despedirse,
y de su voz apagada
yo recogí los acentos
que por el aire vagaban.



Se les miró descender - a la ribera callada,
se les oyó despedirse, - y de su voz apagada
yo recogí los acentos - que por el aire vagaban.

JOSE FRANCISCO PICHARDO

(1837 - 1873)

El infortunado José Francisco Pichardo nació en 1837, y murió en 1873. Santo Domingo fué su cuna y su sepulcro. Vida de padecimientos, tempranamente rota por la muerte, que solo halló paz y consuelo en la poesía. Toda su escasa obra poética tiene amargo sabor de elegía. En ella encontramos un solo romance: **A la palma de la libertad**, derribada en tiempos de la Anexión a España. Es una poesía si lastimera, de hondo acento patriótico. La **Lira de Quisqueya**, de Castellanos, (Santo Domingo, 1874), recoge las dolientes poesías de Pichardo salvadas del olvido.

A LA PALMA DE LA LIBERTAD

Indignamente derribada en la noche
del 9 de mayo de 1864

Dejad correr vuestro llanto,
dejadlo correr sin tregua,
que el árbol de vuestras glorias
derribado está en la tierra.
Dominicanos valientes,
¿porqué sufrís tanta mengua?
¿porqué vuestra boca muda
no lanza el grito de guerra?
¿porqué sufrís que el Ibero,
lleno de arrogancia necia,

insulte así vuestros lauros,
os haga así tal afrenta?

Ya no verán vuestros ojos,
ya no verán la palmera
que vuestros padres plantaron
allá en la infancia serena,
que al rumor de su follaje
que acariciaban lijeras
las auras y los reflejos
del Sol que fecundo alegre,
testigo fué de hechos nobles,
de virtudes y grandeza,
símbolo de libertad,
honra de la patria nuestra.
¿Quién su gracia marchitó
y su beldad altanera?
¿quién al humillar su frente
la historia así menosprecia
de un pueblo que por su arrojo
alto renombre adquiriera?
Columna inmortal que al libre
antigua gloria recuerdas;
blasón de la noble patria,
dílo a los tuyos que ansían
borrar del traidor las huellas.
Si el déspota de allende
que de la España viniera,
el que oprime con rigor
y lid os mueve sangrienta,
el que desola campiñas
y tala fértiles tierras,

y vuestros hijos persigue
con inhumana fiereza;
razón tenéis de llorar
lágrimas ¡ay! bien acerbas,
pues gemís desconsolados
entre muy duras cadenas,
*y el árbol de nuestras glorias
derribado está en la tierra.*

Malhaya la mano impía
que tal maldad cometiera!
¡Malhaya quien la permite
y quien tirano la ordena!
¡quien profana los recuerdos,
el que al triste pueblo veja
que inclina gimiendo el cuello
porque la suerte es adversa,
el que insulta al oprimido
y ante el libre teme y ceja,
el que sufre el torpe yugo
y no resiste a la fuerza!
¡oh árbol de los recuerdos
que has visto cosas tan bellas,
palma graciosa y gentil
orgullo de lindas vegas,
¡cómo has muerto indignamente!
¡cómo cayó tu altiveza!
¡cómo estás abandonada
en la tu plaza desierta!
Ya tus hojas palidecen,
ya tus verdugos te befan,
ya no alzas tu copa erguida,

ya no escucharás las quejas
de las aves que a tu sombra
anidan como en la selva;
ni de la tranquila luna
verás cómo juguetea
el rayo triste y dudoso
que en tu ropaje se quiebra,
y que al realzar tu belleza,
conforta a los que padecen,
y a los que sufren consuela;
ni beberás el rocío
que el cielo en brillantes perlas
te enviaba para rizar
tu esparcida cabellera;
ni verás inmenso pueblo
que discurra por tus verjas
cuando la noche sacude
su rico manto de estrellas;
ni oirás marciales orquestas
que celebren las hazañas
o los triunfos enaltezcan.

Tendida estás en el polvo
y una canalla extranjera
arrastrará tu cadáver
al mar que ronco se estrella,
al mar que en ondas amargas
te cubrirá, pobre reina...!

¡Triste destino fué el tuyo!
¡aciaga tu muerte fuera!
¡pobre reina destronada!



A LA PALMA DE LA LIBERTAD

¡cuánto tu desgracia pesa!
¡cuánto mi alma padece!
¡cómo tu sino lamenta
un pueblo infeliz que mira
tu triste suerte postrera,
imagen fiel y segura
de la suerte que le espera
si las armas no apreviene,
si el brazo inerte se queda!
Tú eres ya gloria borrada
de la rica patria nuestra,
alma del alma del pueblo
que arranca indigna torpeza;
hoy eres infame oprobio,
injuria fuerte y tremenda
para el libre de este suelo,
para el que su honra aprecia;
por eso cuando tu ruina
el alma aflijida cuenta,
maldice la inicua mano
que fin a tu vida diera,
y entre sollozos esclama
con voz que el dolor altera:
volved, volved por la honra,
volved, volved con presteza,
los que en la patria pensáis,
los que seguís sus banderas,
*que el árbol de nuestras glorias
derribado está en la tierra.*

Indignado lance el fuerte
la voz que al tirano aterra,

y blanda acero homicida
y a la lid se arroje fiera,
que los libres nunca temen
morir si el deber lo impera,
si la patria así lo exige,
que es dulce morir por ella
si hay que lavar un ultraje
que un blasón sin mancha afea,
que la sangre sólo borra
injurias que así son hechas.

Hijos de la patria mía,
muchos agravios y afrentas,
os hace gente sin fé,
descomedida, extranjera,
¿osaréis sufrir callados?
¿aún seguiréis sus banderas?
Nó; en aqueste hermoso suelo
a la lid muchos se aprestan,
y dan su sangre preciosa,
y dan la vida con ella.

Sus! a las armas volad
que el bronce fiero resuena
y a la gloria a todos llama
y augura victoria cierta.

Sólo el cobarde se quede
y el que torpe lucro mueva,
que en corazones serviles
sólo humillación se encuentra.
¿No véis el pendón cruzado



Y el árbol de nuestras glorias - derribado está en la tierra...



A LA PALMA DE LA LIBERTAD

que por los aires ondea?
¿no oís los gritos alegres
con que se animan las selvas?
¿No véis el árbol frondoso
que cobarde mano aterra,
cuando las luces se extinguen
y las tinieblas se espesan?
¡temieron ah! la venganza!
¡que a ultrajar no se atrevían
vuestra historia y vuestro honor
a la luz que el Sol destella!

Dominicanos valientes,
volad, volad a la guerra,
*que el árbol de nuestras glorias
derribado está en la tierra.*

GASTON F. DELIGNE

(1861 - 1913)

Gastón Fernando Deligne y Figueroa, de los dioses mayores del Parnaso dominicano, fué el más sabio de nuestros poetas, el más culto de todos, el de más hondura filosófica y de vida más trágica. También el más digno de estudio. En 1908 recogió su obra poética en *Galaripses*. Tenía en preparación un volumen de versos, **Romances de la Hispaniola**, título que finalmente abandonó con propósitos de variedad métrica. No se cumplieron sus votos. Nació el 23 de octubre de 1861. Gran parte de su vida discurrió junto al Ozama, y sus años postreros en San Pedro de Macorís, donde, el 18 de enero de 1913, se fué de la vida por propia voluntad. En 1931, admiradores del poeta publicaron la "plaquette" **Romances de la Hispaniola**, con prólogo de Domingo Moreno Jimenez, que recoge algunos de sus romances. No figura allí el romance **Bayajá**, cuya lectura se brinda ahora. Acerca de Deligne véase: Pedro Henríquez Ureña, **Horas de estudio**, París, 1909; y Manuel F. Cestero, **Ensayos críticos**, S. D., 1911.

VISITA A LA ISABELA

Habían hecho la jornada
a lo que fué la Isabela,
con la unción del mahometano
que camina hacia la Meca.
Viejo propósito ha sido;
concierto que desde Iberia
formaron, y cumplen hoy



como devota promesa.
Vienen a ver los lugares
en que sus deudos murieron,
bajo el yugo abrumador
de ocupaciones plebeyas.
Caballeros de Castilla,
con disciplina severa
Colón les puso al trabajo,
y les mató la faena.
Vienen a ver las ruinas,
el leve polvo que resta
de aquella ciudad famosa,
hace diez lustros deshecha.
Y ora frente a su perímetro
están, con el alma opresa,
y en silencio que habla más
que la mayor elocuencia!
—“Oh tú, villa! bautizada
en honor de la gran reina!
Oh ciudad!, del Nuevo Mundo
la que fundaron primera!
Llamada a ser de estas Indias
indisputable cabeza,
¡quién te vé, que no se asombra!...
¡quién te vé, que no se apena!...
Eres patraña del vulgo;
de los ociosos conseja:
y te dominan, impunes,
la broza, terrible dueña
de tu asiento, y el lagarto,
monarca de la maleza”.
De altos recuerdos henchida;



VISITA A LA ISABELA

subsolada de osamentas
humanas; sin pueblo y triste;
todo ruido adquiere en ella
repercusión alarmante,
sonoridades siniestras.

Los arbustos que a los piés
de ambos hidalgos se quiebran,
emiten chasquido sordo,
chasquido de calaveras.

Zumba un enjambre en las flores;
y el zumbido tenaz, suena
como el roncón melancólico
de alguna gaita gallega.

El airecillo sutil
que se tuerce y culebrea
al pasar entre la fronda,
se plañe, como alma en pena.

O bien, un pájaro-mosca
de un aletazo se aleja,
moviendo un bronco rumor,
tan extraño que consterna.

Hasta el mismo sol ayuda
a la fatídica escena:
entre una nube que pasa
y otra nube que se acerca,
ilumina incierto a ratos;
a ratos su lumbre vela.

De pronto, los peregrinos
abocan una amplia senda;
de corpulentos yagrumos
y jabillas corpulentas
hermosamente sombreada

a una mano y a la opuesta.
Allá en el fondo unos muros
hechos pedazos, blanquean:
son de casas derruídas
de la difunta Isabela.
Y hacia mitad del camino,
de espaldas a los que llegan,
unos doce caballeros
lentamente se pasean.
Van con los negros sombreros
ornados en plumas negras;
los vestidos, enlutados,
y las capas, cenicientas.
Como en una procesión,
discurren en dos hileras
pausados, ceremoniosos,
en silencio, y con cautela.
Es de ver que los estoques
y la oscura vestimenta,
lucen pautados por moda
que hace tiempo no se lleva.
Y en tanto que las pisadas
de los hidalgos son huecas;
las suyas no alzan más ruido
que el que las sombras hicieran.
De súbito se detienen;
las enjutas caras vueltas
a los intrusos; les miran
con insistente fijeza;
taciturna la expresión,
y muy juntadas las cejas.
Saludando los hidalgos



Saludan, y al saludar, - ¡horror, que la sangre hiela!,
se vienen con los sombreros - desprendidas las cabezas!...

con airosa continencia,
de su sombrero, en las manos,
las pintadas plumas tiemblan.
¡Dios guarde a los caballeros
por largos años! Empresa
sin duda muy semejante
y acomodada a la nuestra,
os traerá por estos sitios;
donde en brevísima época
tales sucesos pasaron
que una larga historia llenan.
Callando se están los doce;
pero en cortés reverencia,
a los chambergos levantan
pausadamente las diestras;
saludan, y al saludar,
¡horror que la sangre hiela!,
se vienen con los sombreros
desprendidas las cabezas!...

1898



B A Y A J A , 1 6 0 6

Una madrugada intensa,
—pero el recinto aclarado
por refulgentes luceros
que titilan dormitando,—
las gentes de Bayajá
su lugar abandonaron,
como lo manda la Audiencia
a nombre del rey cristiano.

En el débil claroscuro,
tal montón infunde espanto:
grupo de leves fantasmas
y nó de seres humanos;
difuntos que a la trompeta
del juicio final se alzaron,
y al valle de Josafat
dirigen los breves pasos,
tal parecen; pero el sol,
surgiendo acardenalado,
en ellos dá, ya bien lejos
de su pueblo originario.

¡Qué confusión pintoresca!
Qué panorama fantástico!



...las gentes de Bayajá - su lugar abandonaron
como lo manda la Audiencia...



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

Qué mezcla de edad y sexos!
Qué orbe entero, si abreviado!...

Allá a la cabeza, un tren
de acémilas, y de carros
por larga suerte de brutos
domésticos arrastrados
con las cotorras parleras
y filarmónicos pájaros;
con las aves de corral
y los cochinos cebados.

Entre el chirriar de las ruedas,
y el mujir de los ganados,
y el ladrido de los perros,
y el piafar de los caballos,
y el grito de los aurigas,
y el trompetear de los gallos!...

Después, la caballería;
a cuyo frente, en un macho
maciso, sin corpulencia
arrellana el cura-párroco.

Y cerca de él, la persona
del alcalde, en tardo jaco;
y sobre yegua rocilla,
el afanoso herbolario.

¡Oh vanidad! que de un duelo
haces fiestas y aparato!
Siguen después, caballeros

bizarramente montados;
traje y batas de valía,
con espolín argentado.

Y damas de alto copete,
con adornos muy más altos,
en monturas cuyo equipo
China y Persia ministraron.

Y oh comodona humildad!
que doblas el espinazo
a lo posible! cabalgan,
quienes en humildes asnos,
quienes en pencos endebles,
y quienes en bueyes tardos.

Y quienes, . . . cierto los más . . .
a la infantería obligados,
la yegua de San Francisco
van sudosos espoleando.

¡Qué pena ver a una madre
con el infante al costado!
Qué pena, aquel inocente
como cabrito triscando
y como suda y jadea
aquel venerable anciano! . . .

Les flecha el sol; descoyunta
sus huesos el trecho áspero;
y ciega y asfixia el polvo
de ellos mismos levantado.

Del interior! les dijeron;
y al interior siguen mansos,
como errante caravana
de vagabundos gitanos.

De ellas, hubo quien saliera
con hierro homicida al patio
lleno de flores y frutos
del hogar que fué su encanto;
y arremetiendo a un rosal
por ella misma plantado,
queriendo destruirle todo,
sintióse sin fuerza y ánimo.

Sólo desgajó llorosa
algún diminuto vástago,
para plantarle allá lejos
donde la empujan los hados.

De ellos, hubo quien armara
de un hacha agresiva el brazo
y a fragmentos redujera
el cocotero empinado,
con iracundo rigor
y con rigurosa mano.

Por los de su hijo primero,
no contará más los años!...

II

¿No es bastante? no es bastante!...
Criadero de contrabando,

como su gente lo fuera,
será el lugar castigado.

Se hará con él— lo que en Roma,
en otro tiempo los vándalos;
lo que hacen los que conquistan
con los pueblos conquistados;
lo que en el nombre del rey
está dispuesto en el bando.

Cuadrilla demoledora
echa las tapias abajo;
y en los lienzos de madera,
igualmente derribados,
con aceite y pez, las llamas
encuentran untuoso pábulo.

Muerde ya el fuego; destella
intermitentes relámpagos:
juguetón o perezoso
se inicia; pero hostigado
por una brisa creciente
que suscita el mar su hermano;
como un infierno en menudo,
vivo y pronto como un rayo,
crepita, ruje, se extiende,
destruye, devora airado
y avienta en sutil ceniza
la paciencia de los años! . . .

Gran previsión! . . . Desaloja
el incendio a los que osaron

contravenir lo dispuesto;
y son los tozudos gatos.

Si de tercos por alarde,
como tercos se quedaron;
ya al monte vecino huyen
lo mismo que fuegos fatuos.

Pero aún allá, el enemigo
les alcanza en breve rato;
les obliga a nueva fuga;
y con ello no saciado,
trepa bermejo y terrible
a frondosísimo árbol
en que está feliz pareja
de turpiales anidados.

Alzan el vuelo los padres,
y queda solo y piando
la cría implume; mientras ellos
impotentes para el trágico
evento, rápidos pasan
y repasan el penacho
de llamas que al nido llega
de sus hijuelos amados...
Ay! con rabioso dolor,
¿qué resta a los pobres pájaros?
Pasar veinte veces más,
y trinar desesperados!...

Todo lo ven desde lejos
un grupo de hombres no escaso,

gran número de mujeres,
e innumerables muchachos.
Expulsos de Bayajá,
si curiosos rezagados,
¿por qué al horizonte miran,
y a qué miran el espacio?
¿El montuoso nubarrón
tropical buscan acaso,
de los torrentes pluviales
ventrudo depositario?...

Tal vez!... Pero al ver que están
el horizonte plateado,
azuladas las alturas
y rojo y radiante el astro;
en pos de los delanteros
se encaminan; por lo bajo
pidiendo a Dios que conjure
pestes a los lusitanos;
mal fin a los holandeses,
y peor al contrabando.

III

Aparte, y en una cuesta,
hay tres hombres destacados:
son comisario real,
amanuense y escribano.

El último, en subitánea
conmiseración tocado,

su pensamiento echó afuera
con muy medidos vocablos.

—Paréceme,— quizás yerre,
que no hay nivel adecuado
o debida proporción
entre lo que viendo estamos
y una falta cuasi leve
como lo es el contrabando...

Con tímida parsimonia,
corroboró el secretario:
—Salvo mejor parecer,
y mayor consejo salvo;
creo que es muy fuerte justicia
si nó rigor extremado,
el que purgue todo un pueblo
las faltas de tres o cuatro...

Brotando chispas los ojos
tras de los vidrios ahumados;
iracundos voz y gesto,
saltó el otro:— tened ambos!
y ved que nó a murmurar,
a dar fé se os ha llamado!
Lo hecho en el nombre del rey,
bien hecho está, y acatarlo!...
Y sabed que esto se cumple
para luz de temerarios;
para aviso de imprudentes;
para escarmiento de osados!...

Con eso, los tabeliones
en un compás saludaron;
comba la espina dorsal;
casi vueltos garabatos!

1900.



LA INTERVENCION, 1801

Bella mañana! La luz
se desparrama a torrentes,
por los combos horizontes,
y los nácares del éter.
En el mar relampaguea,
en los tejados se tiende,
en las ramas se columpia,
y por las calles se vierte.
Un céfiro perfumado
se desliza blandamente;
y a las flores secretea.
¡Bella mañana y alegre!...
Bajo esa pompa solar,
quién pensara que se cierne
y a una hecatombe se apresta
la guadaña de la muerte!...
Después que los principales,
tras continuados reveses,
a Toussaint el invasor,
y a su selvática gente,
de la ciudad del Ozama
rindieron destino y suerte;
hacia la plaza mayor,
hombres, niños y mujeres,

hoy a la cita concurren
del ferocísimo jefe.
Va a proclamar la ley nueva,
que de coyundas estériles
al triste esclavo desliga
para siempre y para siempre.
La blanca flor del quibei,
ponzoña mortal contiene:
así en el noble motivo
sataniza impuro germen.
Rencores de piel oscura,
inveterados y crueles;
diferencias comprimidas,
cuya explosión se presiente.
Fué Louverture de los duros
de los fatídicos seides,
que atizaron sin piedad
el incendio de Occidente;
a cuyo fulgor siniestro,
deudas de ignominia aleve
el Africa en sangre azul
cobró con enormes creces.
De él se sabe que no admite
medios, ni distancia entiende,
entre la guerra y la paz,
entre la vida y la muerte,
y que le trae cejijunto,
y encontrado en pareceres,
el hosco silencio hostil
del mal sujetado oriente.
Que a más del pañuelo blanco,
un rojo lienzo previene:



LA INTERVENCIÓN, 1801

para el perdón, si hay perdón;
si nó, para que degüellen!
Que su piadosa cuñada,
insomne, angustiada y flébil;
porque el cielo le ilumine
porque el cielo le serene,
pasó la noche rogando
con devotísimas preces,
a María, llena de gracia,
y madre de las Mercedes.
Con esas alarmas negras,
los vecinos comparecen;
con esos augurios tristes,
el pueblo en la plaza hierva:
mientras,—losa de un sepulcro,—
cierran el cuadro las huestes,
bajo la pompa solar
de aquella mañana alegre!
Redoble de ronco parche,
son de clarín estridente,
a la escolta reforzada
y al jefe intruso preceden.
Ay de los pueblos vencidos!
Qué de zozobra inminente!,
cuánta amargura devoran!,
y qué de lágrimas beben! . . .
La misma hermosa proclama
que un soplo divino enciende;
en labios del triunfador,
nueva humillación parece.
Tan sólo rostros nublados,
tan sólo sañudos pliegues,

odio y espanto escondidos,
revelan, denuncian, venden!
Si animosos los que están,
el valor en ellos duerme
aislado, cual se disgregan
copos de agrumada leche.
Le son acicate vivo
sus consternadas mujeres;
las amadas de su alma,
y sus niños inocentes.
Que haga Toussaint la señal
asesina: ¡bien lo puede! . . .
Por eso, puñal oculto
o daga afilada tienen;
y en todos late el impulso
con que la abeja acomete
por clavar el aguijón,
sin cuidarse de que muere.
Buscando tal vez pretexto
que el trance menguado abrevie;
con el orgullo procaz
de un terrenal prepotente;
y las damas cuestionando
insípidas pequeñeces,
con su bastón las alcanza
el invasor, dulcemente.
Bizarra Dominga Núñez;
altiva doncella débil;
tu heroísmo, ¿fué pudor?
¿o amor de tu patrio albergue? . . .
Sublevada, hermosa fiera,
tinta en carmín: — Insolente!,



Sublevada, hermosa, fiera - tinta en carmín: ¡insolente!,
exclama, —para españolas - otros modales aprende!...

exclama, — para españolas,
otros modales aprende!...

Qué asombro!... qué indignación!...
qué furia loca estremece
a Toussaint!... La mano izquierda
satánicamente mueve...
la multitud hace olas
murmullando sordamente,
como espigas de un maizal
tomadas de un viento fuerte;
se avanza la soldadesca,
erízanse los satélites,
la escolta se arremolina...
cuando pronto y de repente,
hacia antigua cruz de hierro
que en la Catedral se yergue,
una nube como un monte,
calladamente, aparece.
Otras la siguen debajo
y otras, cual bola de nieve
que al empuje de los niños
atonelándose crece.

Tras ellas se eclipsa el Sol;
y de ellas— en chorro tenue—
blanca luz de apoteosis
la cruz y la iglesia envuelve.
Alza los ojos Toussaint
hacia el espacio solemne:
el ébano de su tez
en cenizo palidece;

se abren absortos sus labios;
su cuerpo membrudo treme.
Y en la diestra, con precisas
señales de que despejen,
su pañuelo — color cisne —
abaníca el aire ambiente.
Su pensamiento quién muda?
Su ira súbita quién vence?
Su mansedumbre qué causa?...
Su terror a qué obedece?...
Señoreando los nublados,
de sus plantas escabeles,
irradiaba en las alturas
la Virgen de las Mercedes!

1899.



EULOGIO C. CABRAL

(1868 - 1928)

Desde la desaparición de Juan Antonio Alix, en 1917, fué Eulogio Carlos Cabral el más interesante de nuestros poetas populares. Su obra no es tan vasta ni popular como la del celebrado **Cantor del Yaque**, pero él tuvo el señalado mérito de haber sido el primero y acaso el único en el país que se consagró exclusivamente a escribir romances, apartándose de la décima tradicional, nuestro metro popular por excelencia, como lo es en casi toda la América española. Nació en Azua el 11 de marzo de 1868, de familia procerca, y murió en Santo Domingo el 16 de julio de 1928. Su ilustración fué escasa y su vida pobre y aciaga. Sus romances, —casi todos históricos y de acentuado criollismo—, los recogió en tres volúmenes: **Cachimbolas**, vol. 1, S. D., 1921, Prólogo de José Ramón López; y vol. II, S. D., 1922, Prólogo de Angel Rafael Lamarche. Sus hijos conservan el tercer volumen, inédito.

SANTOME, 1855

Eran los tiempos heroicos
de lucha contra el haitiano,
sin que cesaran por esto
de vivir hostilizándose
baecistas y santanistas,
con un empuje de vándalos.
Pero a veces sucedía
que determinados cargos
se confiaban a patriotas

de valor, honor y rango,
sin fijarse en la divisa,
en clase de necesarios,
sobre todo en las Fronteras
que eran la boca del Diablo.
En tan tristes condiciones
tocó, en los Pueblos Abajo,
a Cabral la jefatura,
precisamente en el año
en que Souloq, de conquistas
con el anhelo bastardo,
lanzaba de sopetón
sus Regimientos macabros
por Cachimán y por Neiba,
poniendo en las almas pánico.
Conocida del Gobierno
la fechoría del haitiano,
se previno a la defensa
del terruño, palmo a palmo,
y a Cabral le dirigió
este lacónico párrafo:

“Si del enemigo beben
agua en San Juan, los caballos,
pobre de usted, General!”
Cabral suspiró muy largo;
se acordó de Duvergé
y otros campeones bizarros,
caídos entre las redes
tejidas por adversarios
que a veces no les llegaban
a la suela del zapato,

y le dijo a Eusebio Puello
con un fraternal abrazo:
*Para morir como un Cristo
mas vale morir peleando.*
Y haciendo su testamento
se dispuso, siempre macho,
a caer por la República
pero vendiéndose caro.

.....

Es veintidós de diciembre:
ha empezado la batalla
y Cabral tiene a sus órdenes
las tropas de la vanguardia.
Los Regimientos intrusos
al son de pitos y cajas,
en correcta formación
sobre la llanura avanzan.
A cada instante más recias
sucédense las descargas,
por los nuevos contingentes
que caen, como en una fragua,
y martillan, titanescos,
con furia de hormigas bravas:
El humo de los disparos
teje una neblina parda,
bajo la cual los que luchan
parecen unos fantasmas.
El terrible Emperador
empuja nuevas Brigadas,
para destrozar el muro
que sus designios retarda,



y hay un momento en nosotros
en que se va la esperanza,
de contener y batir
tantas negras cucarachas.
Cabral sobre su caballo,
con la altivez de su casta
a todas partes acude
buscando, con locas ansias,
que lo acribilleñ, furiosas,
del enemigo las balas,
cuando le parece ver
una criatura seráfica,
ante cuya aparición
como que se alivia su alma.
La Virgen de las Mercedes!
El cielo está con la Patria!
Dice con voz de creyente,
y más pujante se lanza
con su machete en la diestra
y rayos en la mirada,
contra la nube de cuervos
con pretensiones de águilas.
Pero por más que martilla,
el triunfo no se destaca,
que son muchos Regimientos
los de las fuerzas Haitianas,
y si la tropa flaquea
la Oficialidad es brava,
y el *coco macaco* empuja
sobre la llanura trágica.
En esto, bajo del humo
que más y más se compacta,

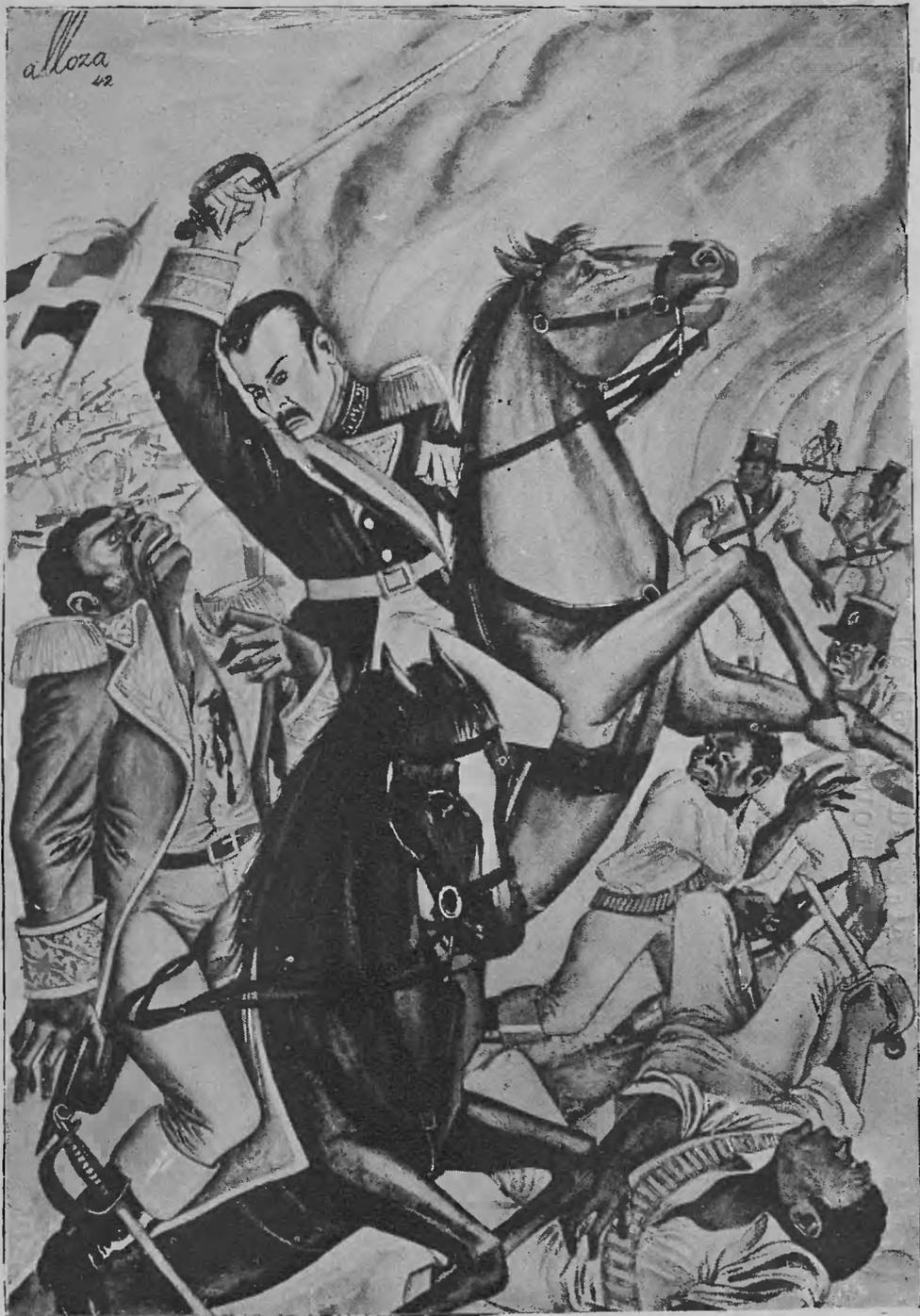
divisa del enemigo
al Jefe de la vanguardia.
Es el temible Antón Pierre,
guerrero de fuerza rara
y flamantísimo Duque
en la pandilla del Sátrapa,
que sereno, cual si fueran
suaves bizcochos las balas,
Alons! le grita a los suyos
con el gesto y la palabra,
y, para dar el ejemplo,
jinete atrevido avanza,
buscando por la llanura
en quien descargar sus armas.

Ambos Jefes al mirarse
como leones se marchan,
que si valiente es el uno
el otro no le va en zaga.
El fuego cesa un momento
y todos la vista clavan
en los brillantes campeones,
adalides de dos razas,
que al combate singular
acuden, con arrogancia,
en las diestras poderosas
sus sables como navajas.

¡Héctor y Aquiles de frente
de Troya ante las murallas!
Cabral, esgrimista hábil,
al Duque bien pronto sangra



y con nuevos mandoblazos
lo desmenuza a sus plantas;
y roto ese bravo roble
cual si fuese frágil caña,
hunde espuelas al corcel
impetuoso en que cabalga,
y su machete de guerra,
cuyos filos no se gastan,
más golpea de los intrusos
sobre la recia coraza,
seguido con ciega fé
por columnas entusiastas,
que sudan la gota gorda
pero ni un punto desmayan,
como que saben se juega
el porvenir de la Patria.
Por donde va su caballo
que solamente no habla,
pero que lucha también,
parece como que pasa
un Hércules leñador
que a los golpes de su hacha,
todo cuanto se le opone
lleva la muerte en las barbas.
¡Cuanto heroísmo en acción!
¡Cuanto prodigio de audacia!
Pero aún esos prodigios
no deciden la batalla,
pues Souloq, siempre tenaz,
a toda prisa destaca
nuevas tropas escojidas
Hay que vengar nuestras bajas!



El fuego cesa un momento - y todos la vista clavan
en los brillantes campeones, - adalides de dos razas...

*Fusilo a todo el que dé
al enemigo la espalda!*
Aulla a sus Capitanes
lleno de orgullo y de rabia.
Se recrudece la lid,
pero las recias descargas
ponen fuego en el pajón
de la reseca sabana,
y el viento está con nosotros
como por Divina Gracia.
Bajo los copos del humo
y las lenguas de las llamas,
parecen los que combaten
verdaderas salamandras;
y el haitiano atosigado
retrocede, se desbanda,
con la derrota en la frente
y la vergüenza en el alma.
Contreras, Puello, Cabral
y Chago Suero, se abrazan
en el campo de la acción
sobre las cenizas cálidas,
con Aniceto Martínez
y otros que la historia ensalza;
y con los sables en alto
Viva — rugieron — la Patria!
*¡Que libre por siempre sea
la tierra dominicana!*



Ministerio de Cultura
Archivo General de la Nación

INDICE



INDICE

Del Romancero Dominicano	7
Peguero, A los valientes dominicanos	17
Romances de las Invasiones Haitianas	29
Duarte, Romance	67
Pichardo, A la palma de la libertad	69
Deligne, Visita a la Isabela	81
" Bayajá	88
" La Intervención, 1801	99
Cabral, Santomé	107

COLOFON

Este libro se acabó
de imprimir en la
Editorial El Diario,
de Santiago, el día 27
de Febrero de 1943.

© 1994
American Chemical Society